

J.S. MILL: “UTILITARISMO CAP.II Y IV”

El utilitarismo es una forma moderna de la teoría ética hedonista que enseña que la finalidad de la conducta humana es la felicidad, y que en consecuencia la norma discriminatoria que diferencia entre el comportamiento bueno y malo es el placer y el dolor. Constituye un lugar común el que se ligue la doctrina moral utilitarista a los conceptos “felicidad” y “placer”. De esta forma los términos griegos eudaimonía y hedoné conducen fácilmente a pensar que la doctrina utilitarista se remonta a los griegos de la antigüedad. Otra cuestión es que sin mayor trámite se ligan al utilitarismo una pléyade de autores posteriores a cuáles más diferentes. Así pues, resultan utilitaristas: Platón, Aristóteles, Epicuro, los cirenaicos, San Agustín, San Buenaventura, Gassendi, Valla, Holbach, Spinoza, Hobbes, y hasta

1.-INTRODUCCIÓN A LA OBRA DE MILL, UTILITARISMO”	1
2.-CAP. 2. ¿QUÉ ES EL UTILITARISMO?.....	2
3.-IDEAS PRINCIPALES DEL CAP II.....	10
4.-CAP. 4º. DE QUÉ TIPO DE PRUEBA ES SUSCEPTIBLE EL PRINCIPIO DE UTILIDAD.....	11
Bibliografía.....	16

1.-INTRODUCCIÓN A LA OBRA DE MILL, UTILITARISMO”

la declaración canónica del utilitarismo de Mill se puede encontrar en su libro el utilitarismo. esta filosofía tiene una larga tradición y la aportación de Mill está influenciada principalmente por Jeremy Bentham y su padre James Mill.

La cantidad cualitativa de felicidad por la que Mill aboga echa luz sobre su cantidad presentada en sobre la libertad. Mill sugiere en ese texto que la utilidad tiene que ser concebida en relación con la humanidad "como un ser progresivo", que incluye el desarrollo y el ejercicio de la capacidad racional por los que nos esforzamos por lograr un "modo de existencia superior". el rechazo de la censura y del paternalismo busca proporcionar las condiciones sociales necesarias para el logro de conocimientos y la mayor capacidad para el mayor número posible de hombres de desarrollar y ejercer su capacidad racional y deliberativa. La famosa formulación de Mill del utilitarismo se conoce como el «principio de la mayor felicidad» («greatest-happiness principle»). sostiene que uno debe actuar siempre con el fin de producir la mayor felicidad para el mayor número de personas, dentro de lo razonable. la mayor contribución de Mill al utilitarismo es su argumento para la separación cualitativa de los placeres. Bentham trata a todas las formas de felicidad como iguales, mientras que Mill sostiene que los placeres intelectuales y morales son superiores a las formas más físicas de placer. Mill distingue entre felicidad y satisfacción, afirmando que la primera tiene mayor valor que la segunda, una creencia ingeniosamente encapsulada en la afirmación de que *«...es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; mejor ser Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho. y si el necio o el cerdo tienen una opinión diferente es porque solo conocen su propio lado de la cuestión.»* La doctrina utilitaria afirma que la felicidad es deseable y lo único deseable como fin en sí, siendo todo lo demás únicamente deseable como medio para este fin.”

2. ¿QUÉ ES EL UTILITARISMO, CAP II?

Stuart Mill comienza el capítulo II saliendo al paso de dos interpretaciones equivocadas del utilitarismo. ***La utilidad —afirma Mill— ni puede oponerse al placer ni puede identificarse con el placer grosero.*** El utilitarismo, o doctrina que pone el fundamento de la moral en la ***utilidad o principio de la más grande felicidad***, afirma que las acciones son buenas en la medida en que otorguen felicidad y son malas en caso contrario. Felicidad es el placer con ausencia de sufrimiento; la infelicidad es lo contrario. El placer y la ausencia de sufrimiento son las únicas cosas deseables: algo es deseable o porque es en sí placentero o porque es un medio de llegar al placer o de evitar el dolor

“Quienes saben algo del asunto están enterados de que todos los autores, desde Epicuro hasta Bentham, que mantuvieron la teoría de la utilidad, entendían por ella no algo que ha de contraponerse al placer, sino el propio placer junto con la liberación del dolor y que en lugar de oponer lo útil a lo agradable o a lo ornamental han declarado siempre que lo útil significa, entre otras, estas cosas”. (...)

“El credo que acepta como fundamento de la moral la Utilidad, o el Principio de la mayor felicidad, mantiene que las acciones son correctas en la medida en que tienden a promover la felicidad, incorrectas en cuanto tienden a producir lo contrario a la felicidad. Por felicidad se entiende el placer y la ausencia de dolor; por infelicidad el dolor y la falta de placer [...] El placer y la exención del sufrimiento son las únicas cosas deseables como fines”

Se podría objetar: entonces, se afirma que el hombre es "como un cerdo". Mill responde: cerdos son los que ponen esta objeción, pues piensan que al hablar de felicidad y de placer se hace referencia a los placeres brutales e indignos del hombre. *Mi utilitarismo —prosigue Stuart Mill— tiene una idea más elevada de hombre.* “Cuando se les atacaba de este modo, los epicúreos han contestado siempre que no son ellos, sino sus acusadores, los que ofrecen una visión degradada de la naturaleza humana; ya que la acusación supone que los seres humanos no son capaces de experimentar más placeres que los que puedan experimentar los puercos” (...) Principio fundamental de

esta doctrina es que ciertos tipos de placeres (*los placeres intelectuales y morales*) son más deseables y tienen más valor que los demás. Con este criterio Mill **se separa de Bentham**, que sólo admitía entre los diversos placeres diferencias de tipo cuantitativo.

“Resulta degradante la comparación de la vida epicúrea con la de las bestias precisamente porque los placeres de una bestia no satisfacen la concepción de felicidad de un ser humano. Los seres humanos poseen facultades más elevadas que los apetitos animales, y una vez que son conscientes de su existencia no consideran como felicidad nada que no incluya la gratificación de aquellas facultades. ...Con todo, no existe ninguna teoría conocida de la vida epicúrea que no asigne a los placeres del intelecto, de los sentimientos y de la imaginación, y de los sentimientos morales, un valor mucho más elevado en cuanto a placeres que a los de la pura sensación. Debe admitirse, sin embargo, que los utilitaristas, en general, han basado la superioridad de los placeres mentales sobre los corporales.”

“Un ser con facultades superiores necesita más para sentirse feliz, probablemente está sujeto a sufrimientos más agudos, y ciertamente los experimenta en mayor número de ocasiones que un tipo inferior. Sin embargo, a pesar de estos riesgos, nunca puede desear de corazón hundirse en lo que él considera que es un grado más bajo de existencia”.

“Puede objetarse que muchos que son capaces de los más elevados placeres, en ocasiones, a causa de la tentación, los posponen frente a los inferiores. Pero esto es del todo compatible con una apreciación completa de la superioridad intrínseca de los más elevados. Los hombres, a menudo, debido a la debilidad de carácter, eligen el bien más próximo, aunque saben que es el menos valioso, y esto no sólo cuando se trata de elegir entre un placer corporal y otro mental, sino también cuando hay que hacerlo entre dos placeres corporales. Incurren en indulgencias sensuales que menoscaban la salud, aun sabiendo perfectamente que la salud es un bien preferible a aquellas indulgencias.”

Para Mill resulta evidente que en la felicidad y en el placer, como en tantas otras cosas, se debe atender sobre todo a la calidad.

Es un hecho que ciertas personas prefieren ciertos tipos de vida. Ningún hombre prefiere ser animal, ni siquiera un animal feliz; ningún sabio prefiere ser un ignorante; ningún hombre generoso prefiere ser un egoísta. Es mejor y es preferible ser un Sócrates insatisfecho que un imbécil satisfecho. Esto es para Mill un hecho indudable. Su explicación quizá sea más difícil, pero no cabe duda de que *felicidad* no se identifica con satisfacción, aunque sólo sea porque el sentimiento de la dignidad personal forma parte de la felicidad humana.

“En todos estos puntos los utilitaristas han demostrado satisfactoriamente lo que defendían, pero bien podían haber adoptado la otra formulación, más elevada, por así decirlo, con total consistencia. Es del todo compatible con el principio de utilidad el reconocer el hecho de que algunos tipos de placer son más deseables y valiosos que otros. Sería absurdo que mientras que al examinar todas las demás cosas se tiene en cuenta la calidad además de la cantidad, la estimación de los placeres se supusiese que dependía tan sólo de la cantidad.”

“Es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; mejor ser un Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho”. Y si el necio o el cerdo opinan de un modo distinto es a causa de que ellos sólo conocen una cara de la cuestión. El otro miembro de la comparación conoce ambas caras.”

Un segundo principio fundamental del utilitarismo de Mill establece que la utilidad no se refiere sólo a la máxima felicidad del agente, sino a la más grande suma total y general de felicidad (maximización de la felicidad general). Desde este punto de vista, la moral puede definirse como el conjunto de reglas para el gobierno de la vida cuya observación asegurará, en la medida de lo posible, una existencia feliz a la humanidad entera. Nótese que los actuales teólogos consecuencialistas católicos afirman que asumir ese criterio como regla de conducta es la esencia del mandato de la caridad en el cristianismo-

“Cuando las personas que son tolerablemente afortunadas con relación a los bienes externos no encuentran en la vida goce suficiente que la haga valiosa para ellos, la causa radica generalmente en la falta de preocupación por los demás. [...] Aquellos que han cultivado un sentimiento de solidaridad

respecto a los intereses colectivos de la humanidad, mantienen en la víspera de su muerte un interés tan vivo por la vida como en el esplendor de su juventud o de su salud. Después del egoísmo, la principal causa de una vida insatisfactoria es la carencia de cultura intelectual. Una mente cultivada –no me refiero a la de un filósofo, sino a cualquier mente para la que estén abiertas las fuentes del conocimiento y a la que se ha enseñado en una medida razonable a ejercitar sus facultades- encuentra motivos de interés perenne en cuanto le rodea”

El utilitarismo niega que el sacrificio tenga un valor intrínseco.

Se admite el sacrificio realizado para procurar un bien mayor para sí o para los demás. En todo caso, se considera que la promoción de la felicidad ajena sólo exige la renuncia a la propia allí donde la organización social es todavía deficiente; con el progreso social, la extensión de la educación pública, etc., esas situaciones tenderán a desaparecer.

“La moral utilitarista reconoce en los seres humanos la capacidad de sacrificar su propio mayor bien por el bien de los demás. Sólo se niega a admitir que el sacrificio sea en sí mismo un bien. Un sacrificio que no incremente o tienda a incrementar la suma total de la felicidad se considera como inútil. La única auto-renuncia que se aplaude es el amor a la felicidad, o a alguno de los medios que conducen a la felicidad, de los demás, ya bien de la humanidad colectivamente, o de individuos particulares, dentro de los límites que imponen los intereses colectivos de la humanidad.”

Hay quienes, según Mill, prescinden involuntariamente de la felicidad (19 de 20) y otros voluntariamente (mártires, para evitar sufrimientos a otros) y estos, aunque dignos de alabanza, no han de ser un ejemplo. Porque la finalidad del criterio utilitarista ha de ser que nadie tenga que renunciar a la felicidad.

Algunos objetan que el fin racional de la vida y de la acción humana no puede constituirlo la felicidad, por ser algo inalcanzable y prescindible. Sin embargo, alcanzar la felicidad es posible, ya que muchos males de la vida son superables, y prescindir de ella, aunque posible, no es un bien en sí mismo.

Según Mill han diversas causas de una vida insatisfactoria (todas superables por la humanidad): *1.- Egoísmo 2.- Carencia de cultura intelectual. 3.- Calamidades (pobreza, enfermedad), pero estas le parecen superables por las conquistas de la humanidad. 4.- Vicisitudes de la fortuna que suelen ser producto de graves imprudencias, deseos mal controlados o instituciones imperfectas.*

Un tercer principio formulado por Stuart Mill dice que el utilitarismo exige que el individuo muestre, respecto a su felicidad y a la de los demás, una imparcialidad tan grande como la que sería propia de un espectador benévolo y desinteresado. En la regla de oro propuesta por Jesucristo en el Evangelio —asegura Mill— se encuentra el espíritu de la moral utilitarista: hacer a los otros lo que queréis que ellos os hagan, amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; éstas son las dos reglas de perfección de la moral.

“Debo repetir nuevamente que los detractores del utilitarismo raras veces le hacen justicia y reconocen que la felicidad que constituye el criterio utilitarista de lo que es correcto en una conducta no es la propia felicidad del agente, sino la de todos los afectados. Entre la felicidad personal del agente y la de los demás, el utilitarista obliga a aquel a ser tan estrictamente imparcial como un espectador desinteresado y benevolente. En la regla de oro de Jesús de Nazaret encontramos todo el espíritu de la ética de la utilidad: “Compórtate con los demás como quieras que los demás se comporten contigo” y “Amar al prójimo como a ti mismo” constituyen la perfección ideal de la moral utilitarista. Como medio para alcanzar más aproximadamente este ideal, la utilidad recomendará, en primer término, que las leyes y organizaciones sociales armonicen en lo posible la felicidad o (como en términos prácticos podría denominarse) los intereses de cada individuo con los intereses del conjunto.”

También en este aspecto la educación y las convenciones sociales han de desempeñar un importante papel. Han de crear en el espíritu humano una *asociación* (en el sentido propio de la psicología asociacionista de la tradición filosófica británica) entre la propia felicidad y la de

los demás, entre la propia felicidad y la puntual observancia de las reglas establecidas en función del interés general de la colectividad.

“ En segundo lugar, que la educación y la opinión pública, que tienen un poder tan grande en la formación humana, utilicen de tal modo ese poder que establezcan en la mente de todo individuo una asociación indisoluble entre su propia felicidad y el bien del conjunto, especialmente entre su propia felicidad y la práctica de los modos de conducta negativos y positivos que la felicidad prescribe; de tal modo que no sólo no pueda concebir la felicidad propia en la conducta que se oponga al bien general, sino también de forma que en todos los individuos el impulso directo de mejorar el bien general se convierta en uno de los motivos habituales de la acción y que los sentimientos que se conecten con este impulso ocupen un lugar importante y destacado en la experiencia sentiente de todo ser humano. Si los que rechazan la moral utilitarista se la presentasen ante su intelecto en este su auténtico sentido no sé qué cualidades por cualquier otra moral podrían afirmar en modo alguno que echaban en falta, o qué desarrollo más armónico o profundo de la naturaleza humana puede esperarse que propicie algún otro sistema ético, o en qué motivaciones no accesibles al utilitarismo pueden basarse tales sistemas para hacer efectivos sus mandatos.”

Mill considera una posible objeción: antes de realizar una acción no es posible detenerse a calcular cuáles serán sus consecuencias sobre la felicidad general. Respuesta: es como afirmar que no se puede actuar cristianamente porque antes de obrar no es posible detenerse a leer por entero el Antiguo y el Nuevo Testamento. En realidad, añade Stuart Mill, sí hay tiempo, ya que *se cuenta con la experiencia histórica de la humanidad*, que se ha ido decantando en leyes y convenciones sociales que permiten saber inmediatamente, por ejemplo, que el robo es nocivo para el bienestar de la colectividad. El utilitarismo sólo sería imposible en la hipótesis de la imbecilidad universal. Bajo cualquier otra hipótesis, es lógico pensar que los hombres, en la medida en que van progresando, adquieren creencias positivas sobre lo que es útil o inútil para la felicidad general. Por esa razón, los filósofos no deberían criticar las costumbres vigentes hasta que hayan encontrado otras mejores, más útiles.

Claramente se ve que el utilitarismo, aunque busca el primer principio de la moral, no desprecia las normas próximas y secundarias. Saber cuál es la meta final del viaje no implica despreciar las indicaciones que se encuentran a lo largo del camino; los navegantes utilizan para el cálculo de las rutas tablas y mapas ya hechos por otros. En suma, la acción concreta no siempre ha de ser regulada directamente por el primer principio, que sin embargo es siempre la justificación de todo uso social válido. A ese principio habrá que acudir cuando surjan dudas o cuando entren en colisión diversas exigencias éticas.

Otros critican el utilitarismo porque hace a los seres humanos fríos, calculadores y carentes de afectividad. Sin embargo, los utilitaristas que han cultivado sus sentimientos morales y su capacidad de empatía no incurren en esta falta.

“Si esta afirmación significa que no permiten que sus juicios concernientes a la corrección o incorrección de una acción se vean influidos por las cualidades de la persona que la realiza se trata de una queja que no afecta sólo al utilitarismo, sino a cualquier criterio de moralidad en absoluto, ya que, ciertamente, ningún criterio ético conocido decide que una acción sea buena o mala porque sea realizada por un hombre bueno o malo, y menos todavía porque sea realizada por un hombre amable, valeroso, benevolente, o todo lo contrario. Estas consideraciones son relevantes no para la estimación de las acciones sino de las personas. (...)

“Los utilitaristas son perfectamente conscientes de que existen otras posesiones y cualidades aparte de la virtud, y están completamente dispuestos a concederles todo su valor- También son conscientes de que una acción correcta no indica generalmente una persona virtuosa, y de que acciones que son condenables proceden con frecuencia de cualidades que merecen elogio”

Se examina por último la opinión de los que acusan al utilitarismo de ser una doctrina atea. Respuesta: todo depende del modo como se entienda a Dios. Si se considera que Dios quiere la felicidad de los hombres, que han sido creados precisamente para ser felices, entonces el utilitarismo es la doctrina ética más religiosa. Si la objeción se desprende del

hecho que el utilitarista no recurre frecuentemente a la voluntad de Dios contenida en la Revelación, se puede responder que el utilitarista tiene fe en la bondad de Dios, y estima por consiguiente que todo lo que pueda ser objeto de revelación observa máximamente el principio de la utilidad (ordenación a la felicidad de los hombres).

“No es infrecuente que escuchemos cómo se cataloga a la doctrina de la utilidad como una doctrina atea. De ser necesario salir al paso de algún modo a tan simple presupuesto, podemos afirmar que la cuestión depende de la idea que nos hayamos formado del carácter moral de la divinidad. Si es verdad la creencia de que Dios desea, por encima de todo, la felicidad de sus criaturas, y que éste fue su propósito cuando las creó, el utilitarismo no sólo no es una doctrina atea, sino que es más profundamente religiosa que otra alguna. Si lo que se quiere decir es que el utilitarismo no reconoce la voluntad divina revelada como suprema ley moral, mi respuesta es que el utilitarista que cree en la bondad y sabiduría absolutas de Dios necesariamente cree que todo lo que Dios ha considerado oportuno revelar sobre cuestiones morales debe cumplir los requisitos de la utilidad en grado supremo. Sin embargo otros, además de los utilitaristas, han sido de la opinión de que la Revelación Cristiana tenía como fin, y para ello estaba capacitada, dotar a los corazones y las mentes de los humanos de un espíritu que les permitiese encontrar por sí mismos lo que es correcto y les inclinase a obrar conforme a ello cuando lo encontrasen, más que a indicárselo, a no ser en un sentido muy general, a lo que se añade la necesidad reconocida de una doctrina ética, meticulosamente desarrollada, que nos interprete la voluntad de Dios. Es superfluo discutir aquí si esta opinión es o no es correcta, ya que cualquier tipo de ayuda que la religión Natural o revelada pueda prestar a la investigación ética puede beneficiar tanto al moralista utilitarista como a cualquier otro. Puede hacer uso de ella el utilitarista como aval divino de la utilidad o daño de cualquier tipo determinado de actuación, con el mismo derecho que otros pueden utilizarla para indicar que existe una ley trascendental que no guarda conexión con la utilidad o la felicidad”

Mill no acaba de pronunciarse sobre el papel que tiene la Revelación en el conocimiento moral; dice que éste no es el lugar

apropiado para discutir el problema. Pero, añade, al utilitarista no se le escapa la ayuda que el hombre puede recibir de la Revelación, como en general no se les escapa a los demás filósofos. El utilitarista siempre puede considerar, en base a esa creencia, que Dios juzga y ordena las acciones humanas según su utilidad o inutilidad, al menos con el mismo derecho con que otros se sirven de la Revelación para hablar de normas trascendentes y absolutas que no guardarían ninguna relación con la utilidad (lo que hoy llaman algunos normas deontológicas o fundamentación deontológica de las normas).

3.-IDEAS PRINCIPALES DEL CAP II

1.- Primeras aclaraciones: El utilitarismo plantea, como fundamento de la moral, la utilidad o la felicidad derivada de las acciones, y no constituye una teoría ética ni excesivamente austera ni demasiado voluptuosa.

II.- El utilitarismo distingue entre diferentes tipos de placeres y da preferencia a los mentales sobre los corporales, por lo tanto, no puede ser calificado de indigno o despreciable.

III.- La dignidad humana obliga a preferir los placeres más elevados y, además, el juicio desconocedor experimentados así lo confirma.

IV.- El criterio de la moralidad lo constituyen las reglas que aseguran una existencia feliz, en la mayor medida, a todos los seres humanos.

V.- Algunos objetan que el fin racional de la vida y de la acción humana no puede constituirlo la felicidad, por ser algo inalcanzable y prescindible. Sin embargo, alcanzar la felicidad es posible, ya que muchos males de la vida son superables, y prescindir de ella, aunque posible, no es un bien en sí mismo.

VI.- Los críticos del utilitarismo no reconocen que lo correcto en una acción es la felicidad que produce a todos los afectados y no al agente.

VII.- Algunos críticos consideran las normas del utilitarismo demasiado elevadas para la humanidad por exigir que se actúe buscando el interés general de la sociedad. Sin embargo, en la búsqueda del interés particular, está presente el interés general.

VIII.- Otros critican el utilitarismo porque hace a los seres humanos fríos, calculadores y carentes de afectividad. Sin embargo, los utilitaristas que han cultivado sus sentimientos morales y su capacidad de empatía no incurren en esta falta.

IX.- Otra interpretación errónea del utilitarismo es aquella que lo cataloga como doctrina atea. Sin embargo, si Dios quiere la felicidad para sus criaturas, esta interpretación no puede sostenerse.

X.- Otros critican el utilitarismo por considerarlo una ética de la conveniencia. Sin embargo, si se entiende bien lo que es conveniente, convienen las acciones útiles para la humanidad y no las dañinas.

XI.- Otros objetan que es imposible calcular los efectos de una acción en la felicidad general. Sin embargo, para evitar esto contamos con la experiencia acumulada de la humanidad y con los corolarios derivados del principio de utilidad.

XII.- Por último, algunos esgrimen, en contra del utilitarismo, el posible recurso a la excepción en el cumplimiento de una norma y el acomodo a las circunstancias cuando existen consideraciones en conflicto. Sin embargo, toda teoría ética que reconoce la complejidad de los asuntos humanos concede cierto margen de acción en casos conflictivos.

4.-CAP. IV: “DE QUÉ TIPO DE PRUEBA ES SUSCEPTIBLE EL PRINCIPIO DE UTILIDAD.

Comienza el cuarto capítulo con la advertencia de que en los problemas relativos a los fines supremos no cabe una demostración en sentido estricto. **¿Cómo se puede demostrar que la felicidad es la única cosa deseable en sí misma?** *“De qué clase de prueba es susceptible el principio de utilidad. Ya se ha hecho notar que las cuestiones relativas a los últimos fines no admiten pruebas, en la acepción ordinaria de la palabra. El no ser susceptibles de prueba por medio del razonamiento es común a todos los primeros principios, tanto cuando son primeras premisas del conocimiento, como cuando lo son de la conducta.*

Se demuestra que algo es visible —dice Mill— por el hecho de que todos lo ven. La felicidad es deseable porque todos la desean. La felicidad es un bien para cada hombre y la felicidad general es el bien de todas las personas reunidas. *“Mas los primeros, como son cuestiones de hecho, pueden ser objeto de recurso a las facultades que juzgan los hechos: es decir, los sentidos y la conciencia interna. ¿Puede apelarse a las mismas facultades, cuando la cuestión que se plantea es la de los fines prácticos? O ¿con qué otra facultad puede adquirirse un conocimiento de ellos? Con otras palabras, preguntarse por los fines es preguntarse qué cosas son deseables. La doctrina utilitarista establece que la felicidad es deseable, y que es la única cosa deseable como fin; todas las otras cosas son deseables sólo como medios para ese fin. ¿Qué debería exigirse a esta doctrina -con qué requisitos debería cumplir-para justificar su pretensión de ser creída? La única prueba posible de que un objeto es visible es que la gente lo vea efectivamente. La única prueba de que un sonido es audible es que la gente lo oiga. Y lo mismo ocurre con las otras fuentes de la experiencia. De la misma manera, supongo yo, la única evidencia que puede alegarse para mostrar que una cosa es deseable, es que la gente la desee de hecho.*

Esto es para Stuart Mill un hecho psicológico testimoniado por la experiencia. La naturaleza humana es así. Cualquier observador imparcial comprobará que desear una cosa es encontrarla agradable, y que rechazarla es considerarla desagradable. Un deseo que no actúa bajo la razón de agrado es una imposibilidad física y metafísica. Se debe concluir que la felicidad es el único fin de las acciones humanas y el criterio supremo de la moralidad.

¿Se demuestra así que la felicidad es el único bien en sí? ¿No se debería admitir que también la virtud es querida en sí misma?

“Ahora bien, es evidente que la gente desea cosas que, según el lenguaje ordinario, son decididamente distintas de la felicidad. Desean, por ejemplo, la virtud, y la ausencia de vicio, no menos realmente que el placer y la ausencia de dolor. El deseo de la virtud no es un hecho tan universal, pero sí tan auténtico como el deseo de la felicidad. De aquí infieren los adversarios del utilitarismo su derecho a juzgar que hay otros fines para la acción humana distintos de la felicidad, y que la felicidad no es el criterio de aprobación o desaprobación.”

Efectivamente, pero no por eso queda desmentido el principio de utilidad. La felicidad está integrada por diversos elementos, deseables en sí mismos y al mismo tiempo como partes de la felicidad. Los hombres aman **la virtud** no como un medio, pero sí como parte integrante de la felicidad. Es verdad, entonces, que todo lo que es deseado, o lo es en cuanto medio para la felicidad o como parte de la felicidad. Es más, para Mill, **la virtud no solo ha de ser deseada, sino que ha de serlo desinteresadamente.** *“Pero el utilitarismo, ¿niega que la gente desee la virtud?; o ¿sostiene que la virtud no es una cosa deseable? Todo lo contrario. No sólo sostiene que la virtud ha de ser deseada, sino que ha de ser deseada desinteresadamente, por sí misma. No importa cuál sea la opinión de los moralistas utilitaristas sobre las condiciones originales que hacen que la virtud sea virtud; pueden creer (y así lo hacen) que las acciones y disposiciones son virtuosas sólo porque promueven otro fin que la virtud; sin embargo, habiendo supuesto esto, y habiendo decidido, por consideraciones de esta clase, qué es virtud, no sólo colocan la virtud a la cabeza de las cosas buenas como medios para llegar al último fin, sino que reconocen también como un hecho psicológico la posibilidad de que sea para el individuo un fin en sí mismo, sin consideración de ningún fin ulterior.”*

La virtud, por lo tanto, es lo más importante para la felicidad general. *“En consecuencia, la doctrina utilitaria tolera y aprueba esos otros deseos adquiridos hasta el momento en que, en vez de promover la felicidad general, resultan contrarios a ella. Pero, al mismo tiempo, ordena y exige el mayor cultivo posible del amor a la virtud, por cuanto está por encima de todas las cosas que son importantes para la felicidad general*

Mill se plantea una última objeción. La voluntad parece ser algo distinto que el deseo. Se puede desear algo porque se quiere, y no porque el objeto sea en sí deseable. También se puede querer algo en razón de un hábito. Mill responde haciendo notar que la voluntad es, inicialmente, hija del deseo, aunque en algún caso pueda dissociarse artificialmente de él. Por eso, el que todavía no es virtuoso trata de consolidar su buena intención asociando el placer a la virtud, es decir, considerando que la virtud es agradable y que aleja del hombre los sufrimientos ligados al vicio y a la miseria. *“La voluntad, fenómeno activo, es diferente del deseo, estado de sensibilidad pasiva; ... Sin embargo,*

esto constituye un ejemplo más de ese hecho tan general que es el poder del hábito y que no se limita, en modo alguno, al caso de las acciones virtuosas. Muchas cosas indiferentes, que al principio se hicieron por un motivo determinado, continúan haciéndose por hábito. Algunas veces esto se hace inconscientemente; la conciencia llega después de la acción. Otras veces se hace con volición consciente, pero con una volición que ha llegado a ser habitual y se pone en acción por la fuerza del hábito, pudiendo oponerse a la preferencia deliberada, como a menudo ocurre con aquellos que han contraído hábitos de indulgencia viciosa o perjudicial. En tercero y último lugar, viene el caso en que el acto habitual de la voluntad, en un momento determinado, no está en contradicción con la intención general que ha prevalecido otras veces, sino que la cumple: es el caso de la persona de virtud confirmada y de todos los que persiguen deliberada y constantemente un fin determinado...La distinción entre voluntad y deseo, así entendida, es un hecho psicológico de gran importancia. Pero el hecho consiste solamente en esto: que la voluntad, como todas las otras facultades con que estamos constituidos, puede convertirse en hábito, y que nosotros podemos querer por hábito lo que no deseamos por sí mismo, o lo que deseamos sólo porque lo queremos. No es menos verdadero que, al comienzo, la voluntad es producida enteramente por el deseo; incluyendo en esa palabra la influencia repelente del dolor tanto como la atracción del placer.”

Los ingredientes de la felicidad son varios; cada uno de ellos es deseable por sí mismo, y no solamente cuando se le considera unido al todo. *“El principio de utilidad no pretende que un placer dado -como, por ejemplo, la música-, o que la exención de un dolor dado -como, por ejemplo, la salud-, hayan de considerarse como medios para algo colectivo que se llama felicidad, y hayan de ser deseados sólo por eso. Son deseados y deseables por sí mismos; además de ser medios, forman parte del fin. La virtud, según la doctrina utilitaria, no es natural y originariamente una parte del fin: pero puede llegar a serlo. Así ocurre con aquellos que la aman desinteresadamente. La desean y la quieren, no como un medio para la felicidad, sino como una parte de la felicidad.*

¿Qué diremos, por ejemplo, del amor al dinero? *“Originariamente, no hay en el dinero más que un montón de guijas brillantes. No tiene otro valor*

que el de las cosas que se compran con él; no se le desea por sí mismo, sino por las otras cosas que permite adquirir. Sin embargo, el amor al dinero es no sólo una de las más poderosas fuerzas motrices de la vida humana, sino que en muchos casos se desea por sí mismo; el deseo de poseerlo es a menudo tan fuerte como el deseo de usarlo, y sigue en aumento a medida que mueren todos los deseos que apuntan a fines situados más allá del dinero, pero son conseguidos con él. Puede, entonces, decirse con razón que el dinero no se desea para conseguir un fin, sino como parte del fin. De ser un fin para la felicidad, se ha convertido en el principal ingrediente de alguna concepción individual de la felicidad.

El poder y la fama. *“Sólo que cada uno de éstos lleva anexa cierta cantidad de placer inmediato, que al menos tiene la apariencia de serle naturalmente inherente; cosa que no puede decirse del dinero. Más aún, el más fuerte atractivo natural del poder y de la fama consiste en la inmensa ayuda que prestan al logro de nuestros demás deseos. La fuerte asociación así engendrada, entre todos nuestros objetos de deseo y los del poder y la fama, es lo que da a éstos esa intensidad que a menudo revisten y que en algunos temperamentos sobrepasa a la de todos los otros deseos.”*

Mill nos apunta como lo que una vez se desea como medio o instrumento para la felicidad, ha acabado a desearse por sí mismo, es decir como parte de la felicidad. *“La persona es, o cree que sería feliz por su mera posesión; y es desgraciada si no lo consigue. Este deseo no es más distinto del deseo de la felicidad que el amor a la música o el deseo de la salud. Todos ellos están incluidos en la felicidad. Son algunos de los elementos que integran el deseo de la felicidad. La felicidad no es una idea abstracta, sino un todo concreto; y éstas son algunas de sus partes. Y el criterio utilitario lo sanciona y aprueba. La vida sería poca cosa, estaría mal provista de fuentes de felicidad, si la naturaleza no proporcionara estas cosas que, siendo originalmente indiferentes, conducen o se asocian a la satisfacción de nuestros deseos primitivos, llegando a ser en sí mismas fuentes de placer más valiosas que los placeres primitivos; y esto tanto por su intensidad como por la permanencia que pueden alcanzar en el transcurso de la existencia humana.*

“Resulta, de las consideraciones precedentes que, en realidad, no se desea nada más que la felicidad.”

Bibliografía:

-J.S. Mill, *“Utilitarismo”*, Cap. II y IV

-Frederick Copleston, *Historia de la filosofía, Vol. VII*, ED. Ariel 1981